

Clementina Díaz y de Ovando

Su horizonte intelectual

Elisa García Barragán

El pasado 18 de febrero falleció la doctora Clementina Díaz y de Ovando, a los noventa y cinco años y a setenta y tres de laborar en la UNAM. Larga edad ennoblecida por su pasión al trabajo y estrechamente ligada a la Universidad. Licenciada en Letras Españolas, empieza su temprana carrera docente en el plantel 2 de la Escuela Nacional Preparatoria; práctica que con el tiempo le produciría grandes satisfacciones ya que varios de sus alumnos siguieron frecuentándola, orgullosos de su aproximación a las letras mexicanas al lado de ella. Sin embargo estaba cierta que su verdadero camino era el de la investigación, el sitio adecuado para realizar esta tarea: el Instituto de Investigaciones Estéticas, espacio entonces inaccesible para una joven profesora.

Tan avasalladora era su vocación que sin desánimo tocó muchas puertas y en 1943, gracias al apoyo y visión del doctor Alfonso Noriega Cantú, Secretario General de la UNAM, fue admitida en ese instituto con no pocas trabas. Triunfo inicial y primer peldaño al acceso de un espacio destinado a los varones. Con buen humor incorpora en su currículum aquellas primeras tareas: “Encargada de montar y catalogar las diapositivas. Preparar el material ilustrado para las conferencias. Cumplir con las comisiones encomendadas por los investigadores en bibliotecas y hemerotecas”. Sin desalentarse, entrega su primer ensayo para la revista *Anales* del instituto, titulado *Agua, viento, fuego y tierra en el romancero español*, extenso escrito que, por su calidad y rigor investigativo, impresionó favorablemente a Justino Fernández, uno de los geniales y conspicuos miembros de aquel androceo fundador del instituto. A partir de ese momento, este gran historiador y crítico de arte sería su mentor y fraternal amigo.

La atención a su quehacer se irá condicionando, de ahí la pluralidad de temas que le ocupan, entre otros, las conmemoraciones de la UNAM; como fruto inicial de tal

consideración está su monografía *El Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo* (1951) inscrita en las Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México. Clementina, como permitía que le dijéramos con cariño, advierte en la introducción:

Al emprender esta breve monografía acerca de la Hemeroteca Nacional, comprendí que carecía de sentido describir únicamente el templo de San Pedro y San Pablo que esa institución ocupa en la actualidad, pues la historia de nuestros monumentos coloniales es íntegra y no puede desentenderse de una parte para estudiar sólo un fragmento.



Clementina Díaz y de Ovando



Con Rubén Bonifaz Nuño

Así, pues, he procurado dar una breve síntesis de lo que fue el admirable Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, que tanto renombre dio a los padres jesuitas como educadores en México.

Retribución a la Universidad de la doctora como un catalizador de cambio. La atadura de amor y fidelidad a su *alma mater* daría a sus trabajos una nueva forma de pensar y actuar sin perder el eco de su misma voz. Poco a poco, la biografía, la crónica periodística cada vez más, el artículo reciben su atención. En 1959 ve la luz su libro *Juan Díaz Covarrubias. Obras Completas*. El romanticismo y amor patrio del joven escritor la conmovieron profundamente. En su estudio preliminar pormenoriza las cualidades de la vida y obra de aquel romántico que incorporará en su escrito la admiración por las féminas que, sin medir las consecuencias y sufrimientos, se sumaron a la causa independiente. También encomia la labor del poeta por haber rescatado en sus relatos la figura del indígena, e indica:

[...] el indio en este discurso es visto al sesgo romántico, pero no como mera figura exótica, sino, el indio es de carne y hueso, el desheredado indio desvalido, víctima que necesita para su redención de los eficaces y generosos mandobles del escritor romántico, paladín de todos los infelices.

El interés hacia Díaz Covarrubias se reafirmó en 2010 al publicarse, con motivo de los festejos del Bicentenario de la Independencia, su novela *Gil Gómez, el insurgente* con introducción de Clemen “el tema épico de la Independencia, venía como anillo al dedo a la actitud romántica del escritor, al rescate del Cura Hidalgo”.

Es dable decir que desde entonces su atención se fija en paradigmáticas figuras decimonónicas: políticos, militares, escritores. Los primeros: Juan Díaz Covarrubias,

Ignacio Manuel Altamirano, Juan A. Mateos y, sin duda, quien sería su escritor frecuentadísimo y profundamente admirado, el general Vicente Riva Palacio. Personajes ejemplares, con los cuales se hermanaba en el pensamiento liberal. Después vendrían Guillermo Prieto, Manuel Payno, etcétera, cuya intensidad de vida y amor a la patria serían fuerte imán para sus trabajos. Aquellos grandes héroes de la espada y la pluma fueron revisados y leídos, transportados a biografías y ensayos demostradores de su conciencia nacionalista alerta a defender los mejores intereses de México.

Pronto obtuvo la maestría en Letras Españolas y poco después el doctorado en la misma disciplina en la Facultad de Filosofía y Letras. Ahora buscará en libros y en toda suerte de publicaciones el complemento necesario a su observación personal.

Experta ya en la curiosa paciencia de la investigación documental, enfrentó otros retos. Serían muy contados los días en que haya permanecido ociosa, estando siempre en continua labor creadora. No extraña que dado el respeto de sus alumnos y el aprecio de los colegas en la Escuela Nacional Preparatoria se le encomendara una obra básica para la historia de la Universidad, la crónica de la trascendente escuela, que tuvo como resultado uno de sus libros definitivos. *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*. Esta publicación se inscribía en los festejos del primer centenario de la institución y en la advertencia Clemen aclaraba:

La presente investigación hemerográfica carece de grandes pretensiones, en ella sólo se han recogido las noticias que sobre la Escuela [...] aparecieron día a día en la prensa periódica desde 1867 hasta 1910, año este último en que la Preparatoria queda integrada a la Universidad.

La pesquisa hemerográfica, la monumental indagación dio como resultado no sólo la historia requerida, aún más, le permitió igualmente conocer y volcar, en los dos volúmenes que la conformaron, la bullente vida del centro de la capital de la República y la participación de profesores y estudiantes, actuando como frente activo ante las arbitrariedades gubernamentales.

La colosal obra, pese a la modesta advertencia, fue favorablemente comentada por diversos estudiosos de la educación, e inclusive mereció una segunda edición en el 2006. En la presentación, el entonces rector Juan Ramón de la Fuente afirmaba:

A 137 años de la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria es pertinente una segunda edición de este libro. Entre otras muchas cosas, porque nos recuerda la importancia de la educación laica, así como su auténtico y permanente sentido: “que desaparecieron los antagonismos y su nefasta consecuencia: la pasión y la cizaña [...]”. Para fortuna de

la educación nacional, sigue estando bajo el amparo y la autoridad moral de la máxima Casa de Estudios [...]. Por otro lado, resulta altamente satisfactorio comprobar que en nuestra casa, el cultivo de las ciencias y las humanidades tiene un desarrollo paralelo [...]. En el bicentenario del natalicio de Benito Juárez, que hizo de la educación el arma más tenaz y eficiente contra la ignorancia sojuzgadora, no hay mejor homenaje que reafirmar su herencia. Una forma dignísima de hacerlo es a través de esta obra.

La idea de Clementina era prolongar esa historia hasta 1967. Otras preocupaciones embargaron su tiempo. En 1968 es nombrada directora del Instituto de Investigaciones Estéticas. Reconocimiento que hace pensar en ella como uno de los primeros casos excepcionales en el que se dejó de lado el hecho de que, por tradición o inhibición, los cargos directivos estaban solamente destinados a los varones. Al asumir la dirección invocó al trabajo y la amistad. Rubén Bonifaz diría: “La amistad y el trabajo han presidido sus acciones en lo académico, que para ella es perenne oficio de solidaridad humana, y en lo que pudiera decirse humana intimidad, donde ella no aspira a la perfección, porque seguramente la ha conseguido”.

Caminante de multitud de senderos en las letras y la historia hace del trabajo su contenido, volcando en sus escritos itinerarios tanto morales como culturales. Aborda nuevos temas acordes con las investigaciones de su instituto, ejemplifica y da cuenta de las agresiones sufridas por el patrimonio arqueológico en *Memoria de un debate 1880*. La postura frente a dicho patrimonio nos pone al tanto de los atentados que, en vías de una “mejoría o restauración urbana”, se cometen como la demolición del Teatro Nacional o Teatro Santa Ana con la apertura de la calle 5 de mayo. Siendo la historia del arte parte medular del trabajo de Investigaciones Estéticas, Clementina Díaz y de Ovando estudió el grabado académico y comercial del siglo XIX además de la edición del dibujante y grabador Luis Garcés.

Su producción cada vez más cuantiosa, mantiene siempre indudable valor. Sus afectos se definen: la Universidad y la cultura e historia del México decimonónico. Con viva inquietud en el espíritu y afán de certera observación, recorre tales caminos de los cuales su espíritu, en equilibrio sentimental, desvela los valores.

Respecto al alcance de sus tareas acerca de la historia del siglo XIX, Diego Valadés ha afirmado:

Son tan vivos los cuadros que nos ofrece, es tan fresca su prosa, es tan ágil y grácil su narración, son tan precisos los tonos, los tiempos, que nos traslada al escenario de los hechos con enorme maestría. En buena medida esto se debe a que doña Clementina le ha dado a sus fuentes hemerográficas del siglo XIX un tratamiento muy moderno. Su

inmersión en el pasado nos devuelve un México límpido, vibrante.

En cuanto a sus crónicas en torno a la Universidad igualmente esencial es *La Ciudad Universitaria de México. Reseña histórica 1929-1955*, en la cual trae a la memoria “el culminante momento de nuestra autonomía y la diáspora de sus dependencias hacia territorios más firmes, más *ad hoc* para el macro desenvolvimiento de nuestra máxima Casa de Estudios” comenta el doctor José Sarukhán, quien asimismo califica la edición de “Libro hoy paradigmático para mejor entender tal mudanza y la fundación de la Ciudad Universitaria”.

Los reconocimientos y distinciones, tanto universitarios como nacionales, se suceden constantemente, entre ellos: primera mujer que ingresa como Miembro de Número a la Academia Mexicana de la Historia y a la Academia Mexicana de la Lengua. En 1976 fue nombrada miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM. La ponderación e imparcialidad de sus juicios todavía perviven en el recuerdo entre sus inter pares de dicha Junta. En 1983 es Investigadora Emérita del Instituto de Investigaciones Estéticas. En 1988, Premio Universidad Nacional. Pasan los años y siguen los éxitos.

El compromiso con la original Casa de Estudios se vuelve más entrañable, tiene el convencimiento de una misión que cumplir y sigue registrándolo todo con minuciosa objetividad. Una visión desgranada día a día, unida estrechamente al diario discurrir, a fin de cuentas, una visión vívida, construida al filo de las propias experiencias emocionales. Este paralelismo entre vida y obra que permea su producción se nutre de los ambientes, de los hechos que analiza y describe.

En el ajuste de años —cincuenta— de labores en la UNAM (1992) su brillante travesía es laureada, en un homenaje encabezado por el rector José Sarukhán, quien asimismo se incluyó en él y, como indicara el Coordinador de Humanidades de aquel momento, Mario Melgar Adalid:

La ceremonia reunió a un grupo muy relevante de universitarios [...]. El elenco fue, sin hipérbole impresionante como ha sido la vida académica y afectiva de doña Clementina. Ella puede convocar, como lo hace, a dos rectores de la UNAM, ex coordinadores de Humanidades, directores de institutos y centros de investigación en ciencias sociales y humanidades, premios nacionales, escritores, historiadores, en fin, un elenco excepcional [...].

Dichas colaboraciones quedaron en el libro *Homenaje a Clementina Díaz y de Ovando. Devoción a la Universidad y la Cultura* (1993).

Todavía en el cincuentenario de su ingreso al instituto, el rector José Sarukhán instituye, en febrero de

1994, el cargo de cronista de la Universidad Nacional Autónoma de México teniendo en mente a tan preclara universitaria. El nombramiento dice:

[...] tomando en consideración su conocimiento de la Universidad derivado de una larga y fructífera trayectoria académica, me es grato comunicar a usted, que con esta fecha la designo Cronista [...]. Conocedor de su capacidad le aseguro el mayor de los éxitos en esta importante función [...].

Doña Clemen entiende la enorme responsabilidad que tal cargo conlleva, por lo cual el abanico de sus indagaciones en torno a la Universidad se amplió. Varias dependencias del ámbito científico son consideradas por ella y surgen los siguientes libros: *Odontología y publicidad en el siglo XIX* para la Facultad de Odontología. Para la Facultad de Medicina, *El doctor Manuel Carmona y Valle y la fiebre amarilla. Su noticia periodística 1881-1886*. Para la Facultad de Ingeniería otra de sus ediciones monumentales, tres volúmenes, *Los Veneros de la Ciencia Mexicana. Crónica del Real Seminario de Minería (1792-1892)*. Investigación llevada a cabo dentro de los festejos del bicentenario de la enseñanza de la ingeniería en México.

Es la autora quien indica:

Aquí, en este abundante y copioso material se puede seguir paso a paso el funcionamiento del Colegio desde sus inicios a fines del siglo XVIII, hasta el año de 1892; el desempeño de los directores, el logro y cumplimiento de los profesores, la lucha de los maestros por obtener mejoras en las minas [...] para bien de las condiciones físicas de los trabajadores, adelanto de los alumnos[...].

La envergadura de la indagatoria le llevó varios años y tampoco dejó de lado su enorme interés por la historia y la cultura del siglo XIX mexicano. Su admiración y afecto por el general Vicente Riva Palacio se acrecentó y, en 1993, la reedición de la *Antología* sobre la afanosa y rica existencia del héroe y literato, en el número 79 de la Biblioteca del Estudiante Universitario, le permitió exhibirse en los afanes y los días del general. Aproximación de la que se puede intuir que casi sería preámbulo de otra de sus magníficas publicaciones, *Las ilusiones perdidas del General Vicente Riva Palacio (La Exposición Internacional Mexicana 1880) y otras utopías*.

Vicente Quirarte en la presentación revela que “Clementina Díaz y de Ovando ofrece una de las facetas menos conocidas del ilustre liberal: su actuación como ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio (1876-1879) y particularmente su proyecto para que México fuera la sede de una exposición universal. Quirarte, como director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, añade:

[...] Es motivo de orgullo [...] que aparezca publicado bajo el sello del Instituto de Investigaciones Bibliográficas [...] Clementina Díaz y de Ovando nos ofrece un nuevo Vicente Riva Palacio, asombrosamente contemporáneo, que intentó aplicar de manera práctica las ideas del liberalismo. Su visión es el antecedente de ilustres universitarios que, como Justo Sierra y José Vasconcelos, en distintos momentos, llevarían a cabo varios de los anhelos rivapalatinos, al volver a fundar la ciudad ilustrada y defender la supremacía del discurso de las letras sobre el discurso de las armas.

El reiterado conocimiento casi global del siglo XIX mexicano fue adquirido por doña Clemen, en buena parte, a través de los principales periódicos en los que se volcaban diversidad de asuntos, cotidianidad y avances de México, conjuntamente con sucesos conmovedores como las guerras de Independencia y de Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio.

México, como ejemplo de oportunidades para los extranjeros, es desvelado en *Crónica de una Quimera. Una Inversión Norteamericana en México, 1879*. José Pascual Buxó la califica:

[...] una obra de primera magnitud tanto por su riqueza documental como por su finura crítica e interpretativa [...] a nadie dejará de interesar esta sorprendente y aleccionadora reseña de un periodo de nuestra historia en que las relaciones con los Estados Unidos se basaron en una curiosa estrategia, la de convencer a la prensa de aquel país de que era mejor para todos “convertir el negocio de la guerra en una guerra de negocios”.

Carlos VII, el primer Borbón en México se inserta tanto en escenas chuscas de ultraconservadores que aún tenían resabios monárquicos como frente a la actitud inteligente y tolerante del maestro Altamirano. Excesos y prudencia que capturados por la autora con la “eficacia de un estilo que sabe combinar las complejas evoluciones del discurso conceptual, con la espontaneidad sabrosa de la comunicación oral”.

Su creciente labor intelectual, y su productiva obra académica la llevan a alcanzar en el 2001 la máxima preseña a que puede aspirar un universitario: el doctorado *honoris causa* de manos del rector Juan Ramón de la Fuente.

Volviendo a su quehacer, insisto, la importancia de los testimonios hemerográficos le proveen las armas necesarias para llevar a cabo la reseña de aquella centuria. Muchos recordamos la imagen de Clemen casi escondida tras uno de los enormes y abultados volúmenes de los periódicos más significativos del siglo XIX; presencia diaria por muchos años que ya empezamos a extrañar. Actividad necesaria con la cual nos entregó su visión de un México “límpido y vibrante”; un país optimista, de

buen talante, cosmopolita. Sería importante subrayar el conglomerado de escenarios que capturó tanto en la suntuosidad como en la pobreza y, consecuentemente, trastocó en su quehacer el espejo de una sociedad que vivió intensamente, que asistía a los teatros o que mendigaba un pan.

Invitación al baile. Arte, espectáculo y rito en la sociedad mexicana (1825-1910) es marco de la crónica social en torno a la celebración de toda suerte de festejos que se llevaron a cabo en la casi totalidad del aquel siglo. El rector Juan Ramón de la Fuente indica:

La sabiduría clásica sugiere que toda obra del intelecto debe unir la belleza a la utilidad. Clementina Díaz y de Ovando ha llevado a la práctica ese principio, pero le ha sumado un tercer elemento: la alegría. En la totalidad de las numerosas y esenciales páginas salidas de su pluma, palpita el entusiasmo, un entusiasmo generoso, sabio y por lo tanto auténtico. Ejemplo inmejorable de ello es la presente *Invitación al baile*, libro con el cual la Universidad Autónoma de México celebra un aniversario significativo en la vida de su admirada y entrañable investigadora emérita. Gracias a la versatilidad de su incansable labor, la actividad social y física del baile se convierte en un abanico de lecturas útiles para diversas disciplinas [...].

Es necesario traer a colación lo que la autora revela en el recorrido llevado a buen fin en tan relevante edición: “Pian pianito me di a la tarea de revisar año tras año, día por día, a partir de las primeras décadas del siglo XIX y la primera del XX, la vida mexicana en su expresión de solaz más importante y socorrida: el baile”.

En la introducción, que ella denomina *Preludio*, se extiende en la amplitud de su tema:

Reitero que debido a que mi intención es ofrecer el amplio repertorio del baile decimonónico registrado en la prensa periódica, creí pertinente modificar el título del primer intento de 1978 y optar por uno que incluyera todos los aspectos que aquí se tratan: *Invitación al baile*. Charles Baudelaire, leído y admirado por casi todos los autores de los textos de este libro, afirmó que el verdadero viajero es aquel que parte sólo por partir, y escribió su poema *Invitación al viaje* como símbolo del anhelo humano por encontrar nuevos horizontes. El baile es asimismo otra forma de viaje: en el espacio acotado de un salón se sintetizan sonidos, colores, aromas, deseos, en fin, el conjunto de correspondencias anheladas por el poeta. De ahí el título de la presente obra.

Mujer de gran talento, el paralelismo o fusión entre vida y obra, tiene como exigencia el cultivo de la amistad, el desprendimiento hacia quienes se le aproximan, colocándola en el sitio al que muchos querían acceder,



es decir, como receptora de afectos y simpatías gracias a su chispeante alegría y a su envidiable lucidez. Imposible soslayar otras de sus muchas obras que, inscritas en la cultura de lo mexicano, dan cuenta de su afición al buen pasar, el interés por la gastronomía de la que tanto escribiera apoyada en el gustoso saboreo de talentos costumbristas como Guillermo Prieto; José Tomás de Cuellar, *Facundo*, o Manuel Payno. Inclusive se puede decir que estaba convencida, como afirmaba Marcos Arroniz, que “el libro de la vida es el de la cocina”.

Incuestionablemente el secreto de la hermosa vida de Clementina radicó en su incansable curiosidad, en mantener con tesón su infatigable voluntad indagatoria, en dar libertad a su mirada, en la delicia de descubrirlo todo, desde la temática idónea para sus investigaciones hasta la alimentación más sabrosa, en dar el tiempo adecuado para compartir con las amistades y las mejores horas para escribir.

Clementina Díaz y de Ovando murió cumpliendo con devoción su deber hacia la Universidad y hacia la historia del México del siglo XIX revisando pruebas y corrigiendo galeras de su última y también monumental investigación: *Escenarios gastronómicos. Banquetes y convites 1810-1910*, libro incuestionablemente inscrito en la historia. En él la autora comunica el universo en el que se fue gestando palmo a palmo lo nacional.

Recordar su obra es la mejor manera deregonar su gloria. **u**